



HORTENSIA Y LA LITERATURA

SANTIAGO LOREN

(El doctor Tanto Peor y el doctor Tanto Mejor tienen cada uno una historia clínica en la mano y las leen con asombro.)

T. P.—Pero, ¿usted sabe qué es esto? (Lee.) "Es un tipo vital, pero circunstancialmente encerrado en sí mismo por creerse incomprendido en su sufrimiento."

T. M.—Escuche esto otro, que también tiene su miga: "Se halla al borde de la histeria, porque la libido, exacerbada por la enfer-

(Viene de la pág. anterior.)

medad que los chinos conocieron la imprenta antes de Jesucristo, también cabe sospechar que los fotógrafos ambulantes debieron conocer la fotografía mucho antes de que existiera el daguerro-tipo.

A pesar de todo lo que la fotografía ha progresado en nuestros tiempos, el fotógrafo ambulante se sostiene heroicamente en el dudoso centro del mundo como un héroe entre un paleolítico y metafísico, como si la modernidad no fuera con él, con sus intenciones, con su tarea, con sus logros. Y esto es natural, porque también la humanidad, en cuanto a confort al menos, prospera, y sin embargo hay muchos seres humanos a quienes el progreso no sólo no les importa, sino que se encuentran incómodos en él.

No ganan estos héroes del trí-pode mucho, pero se defienden, y nunca hay día en que nadie se retrate. Es increíble la subconsciente pasión de posteridad y de detener al tiempo, obligándole a ser un documento, que tiene la criatura humana.

medad y la fiebre, choca con su ñoñez y pudor habitual."

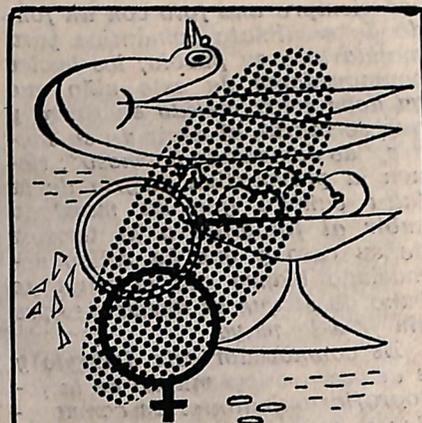
T. P.—¡Demonio! ¿Quién ha escrito tales majaderías?

T. M.—¿Quién ha de ser? ¿No ve la letra? ¡Hortensia! Ella hace siempre la filiación y debajo nos ha dejado estas magníficas muestras de estudio psicológico.

T. P.—¿Qué estudio ni narices! Esto no es un juego ni nosotros necesitamos literatura barata en las historias clínicas. ¡Enfermera!

T. M.—Repórtese, colega, que se va a asustar la pobre de verle así.

Hortensia.—(Entrando.) ¿Es a mí, doctor?



GERICATION

NOMBRE REGISTRADO

Previene los fenómenos de la involu-ción en las personas de edad avanzada



INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A.—MADRID

T. P.—Supongo que sí. ¿Hay alguna otra enfermera en la casa?

Hortensia.—No, y por eso entro. Me he dicho: ya se ha olvidado otra vez el doctor Tanto Peor de cómo me llamo.

T. M.—¿No lo dije? ¡Asustadísima!

Hortensia.—No dejan de ser curiosas esas fugas de memoria durante los estados de ánimo violentos. Son curiosas, porque siempre tienden a una negación de la persona en un intento frustrado de deshumanización. Digo frustrado porque todo el intento descansa en un substratum de bondad natural, que hace sonar a falsa la indignación.

T. P.—¡Oiga, yo...! (Se queda cortado, sin saber qué decir, y mirando al doctor Tanto Mejor.)

T. M.— ¡Enorme, Hortensia! ¿Pero de dónde saca usted esas cosas?

Hortensia.—¡Bah, no merece la pena! Son pequeñas prácticas.

T. M.—¿Prácticas de qué?

Hortensia.—(Ruborosamente.) Es que me voy a presentar a un premio literario. Voy a escribir una novela.

T. P.—¿En nuestras historias clínicas?

Hortensia.—No, doctor. Eso es una pequeña prueba que he hecho para que ustedes me aconsejen. Después de todo no hago ningún daño. Yo pongo debajo de la filiación un estudio de carácter y luego ustedes me dicen si he visto bien el personaje. ¿Quiéren que pasen ya los enfermos y probamos?

T. M.—No está mal, no está mal la idea. ¿Y qué va a hacer luego con esos personajes?

Hortensia.—Los que estén bien vistos por ustedes y por mí, pueden coleccionarse y después tomar los que se necesiten para el argumento.

T. P.—En ese caso, los que nos presentamos al premio somos los tres.

Hortensia.—De acuerdo, doctor. Pero tendré que firmar yo sola para dar facilidades al tribunal y a la publicidad. Figúrese usted..., una mujer de mi edad, sin formación literaria alguna, y que hasta ahora no ha escrito más que cartas a la familia... No hay otra que tenga más méritos para ganar un premio de novela. Ustedes y yo, luego, ya nos arreglaremos.

T. M.—Será cosa de pensarlo, tiene algo ya tramado para argumento?

Hortensia.—Pues verá: tengo un dilema. No sé si hacer una novela en la que no pase nada, limitándome a copiar las insulseces y vulgaridades que oigo en

la sala de espera, o hacer otra en la que tampoco pase nada, pero los personajes estén muy atormentados por la angustia vivencial. Estos son los dos estilos que están de moda, según me he enterado bien. Claro que sin olvidarme de poner mensaje en lo que haga, sea lo que sea.

T. P.—¿Mensaje? ¿Y qué es eso?

T. M.—¡Caramba, colega! ¿No sabe lo que es mensaje?

Hortensia.—¿Ah, pero lo sabe usted?

T. M.—¡Pues claro! Mensaje es lo que hay... Vamos... No tiene una definición fácil... Todo tiene que llevar mensaje... Las obras de arte sobre todo.

Hortensia.—Está visto que no podré nunca saber lo que es. Pero ya saldrá. Lo importante es hacer bien las cosas y lo demás se da por añadidura, como el olor en los vinos buenos.

T. M.—¡Perfecto, Hortensia! Ha dado usted la mejor definición posible de mensaje.

Hortensia.—¡Ah, sí! Pues me ha salido sin querer. ¡A que resulta que se me da bien la Literatura!

T. P.—¡Pero qué desfachatez! ¿Cómo va a salir bien una novela en la que no pasa nada, escrita por usted y con personajes vulgares con enfermedades vulgares?

T. M.—¡Hombre! Tenemos un Hodgkin, y también un disquinético colangítico que no son moco de pavo.

T. P.—Lo que ha ocurrido siempre y lo más natural es que cuando una mujer de la edad y de las condiciones de Hortensia se ponía a escribir, siempre le salían novelas con mucho amor y mucho argumento, en las que ocurrían infinidad de cosas a unos personajes idealizados.

T. M.—¡Qué horror! ¿Se da cuenta, Hortensia, de lo anticuado que está en estas cuestiones mi colega?

Hortensia.—(*Pensativa.*) Sí, pero tiene bastante razón. He de confesarles que cuando me pongo a la máquina para empezar el libro, me entran unas ganas locas de escribir como dice el doctor Tanto Peor. Me saldría mejor, estoy segura, y me divertiría mucho más, porque demasiadas enfermedades, miserias y vulgaridades ve una al cabo del día para que luego haya que escribirlas y contarlas a los demás. Y encima que tengan que pagar para leerlas...

T. M.—Pero si hace usted eso no la van a premiar.

Hortensia.—Ya me doy cuenta, ya me doy cuenta. Si pudiéramos convencer a un editor para que un año al menos anunciara el premio "a beneficio del público"... Entonces sería muy fácil, porque como una es público, sabe que lo que gusta es divertirse con lo que se lee. Amor, cosas que pasan, personajes interesantes...

T. M.—Podíamos intentar. Al fin y al cabo, hace mucho tiempo que Homero empleó ese sistema y no le salió mal del todo.

Hortensia.—¿Le dieron premio?